

PRODUCTA50

www.ypsite.net

Manuel DeLanda¹

Mercados, Antimercados y la Economía de la Red

El rápido crecimiento de las redes informáticas en los últimos diez años unido al reciente desarrollo del dinero electrónico y de técnicas criptográficas para la transmisión segura de números de tarjeta de crédito y de documentos comerciales, ha comenzado a abrir nuevas posibilidades para el flujo de recursos materiales e informáticos y para la realización de transacciones financieras y comerciales. Aunque estos avances son en efecto síntomas de la capacidad de Internet para configurar un espacio económico radicalmente nuevo, no deberíamos exagerar acerca de las diferencias entre éste y otros espacios económicos, así como tampoco sobreestimar el grado en que Internet representa un corte radical con el pasado. Por ejemplo, algunas de las características económicas de Internet son comunes a muchos otros tipos diferentes de redes, como la red ferroviaria o la red telefónica.

1. Manuel deLanda es filósofo, escritor y profesor en la Penn (Universidad de Pennsylvania).

Una de estas características comunes es la que los economistas denominan “externalidades de red”. Una externalidad es definida como un efecto secundario de la producción o del consumo, mediante el que personas que no están directamente implicadas ni en la producción ni en el consumo son afectadas positiva o negativamente. Un ejemplo de una externalidad de red es el llamado “efecto fax”. A medida que se incrementa el número de usuarios de fax, sube también el valor de uso de cada fax, de cada aparato. Es decir, si son pocos los usuarios, un fax es a lo sumo un caro artilugio, pero según aumenta el posible número de personas a las que se puede acceder mediante un fax, el aparato deviene más útil y comienza a cambiar las rutinas y las prácticas de los usuarios, hasta convertirse en una necesidad. Como espacio económico, Internet está claramente sujeto a este tipo de externalidades de red, pero también lo están otro tipo de redes.

Resulta muy importante por lo tanto no excederse en destacar el carácter novedoso de la revolución de la información, ya que ésto nos depara una imagen falsa de sus conexiones históricas con otros espacios económicos. Por ejemplo, muchos observadores contemporáneos del mundo informático aseguran que hemos entrado en una nueva era, la “edad de la información”, que se caracteriza por la importancia del conocimiento como factor en la producción, en detrimento de las materias primas o de la energía. El problema de esta interpretación es que olvida que hace cien años la interacción de varias tecnologías (la electricidad, el motor de combustión interna, el petróleo, el acero y el plástico) había ya convertido al conocimiento en un factor esencial en los procesos de producción. Y fue precisamente la creación del primer laboratorio de investigación industrial a comienzos de este siglo (el laboratorio de General Electric), la que propulsó al conocimiento a esta posición clave. Lo que el espectacular crecimiento de redes informáticas ha conseguido es intensificar aún más el flujo de conocimiento. Y aunque esta intensificación sin duda transformará la naturaleza de la economía en el próximo siglo, no deberíamos olvidar que se trata de un proceso más bien continuo con el pasado.

Se pueden hacer comentarios similares acerca de los aspectos negativos de las redes informáticas. Por ejemplo, varios productos de software de fácil adquisición en el mercado, permiten la transformación de ordenadores conectados a una red de área local en dispositivos de vigilancia, a través de los cuales a la directiva de una empresa le es posible monitorizar y disciplinar a sus trabajadores: echar un vistazo a la pantalla de un empleado en tiempo real, registrar archivos de datos y mensajes electrónicos, tabular la

velocidad y precisión de las pulsaciones sobre el teclado, anular contraseñas o tomar control de una terminal. Resulta evidente que el software para la administración de redes plantea distintos peligros para la privacidad y para el control individual de la actividad laboral; sin embargo, sería un error culpar de esto a la tecnología informática. Los ordenadores únicamente intensifican un proceso que lleva en marcha desde hace por lo menos doscientos años, un proceso mediante el cual los trabajadores de las fábricas fueron descualificados progresivamente, a medida que sus actividades diarias eran transformadas en rutinas fijas y las máquinas se hacían cargo de las actividades especializadas. Las instituciones militares jugaron un papel clave en el desarrollo de las técnicas disciplinarias y prácticas de monitorización mediante las cuales se consiguió esta rutinización del proceso de producción. Estoy convencido de que resulta imprescindible tener en cuenta los orígenes históricos de este proceso como condición previa para comprender satisfactoriamente los efectos negativos de la rutinización y de la vigilancia, así como para valorar los peligros que plantea para el futuro la intensificación de estas prácticas mediante la tecnología informática.

De lo anterior se deduce que cualquier discusión sobre el posible impacto económico de Internet debe atender muchos otros temas aparte de los ya estrechamente ligados a la distribución y diseminación de información. Quisiera con este ensayo abordar alguno de estos temas. Parte de estos son concernientes a los efectos que las redes informáticas pueden tener en nuestro conocimiento de las dinámicas económicas, otros están relacionados con los efectos de las redes en la producción de productos materiales y energéticos, y finalmente, me ocuparé de los efectos más específicos que Internet puede tener en la producción y distribución de productos y servicios informáticos. Comencemos con un esbozo rápido del uso potencial de las redes informáticas en la producción de conocimiento sobre fenómenos económicos. Este es, de hecho, un asunto crucial, ya que nuestra evaluación de los efectos de las redes de economías reales depende claramente de nuestra concepción de lo que es una economía. Sin embargo, tal y como argumentaré a continuación, nuestras teorías dominantes (ya sean teorías económicas neoclásicas o marxistas) están muy cerca de la bancarrota conceptual, de modo que será necesario desarrollar teorías radicalmente nuevas para sustituirlas.

Se puede ilustrar una de las direcciones que una nueva teoría económica deberá seguir con ejemplos de la ciencia no lineal y de teorías de auto-organización. Básicamente, se pueden utilizar estas teorías para explicar la emergencia de todos que son más que la suma de sus partes. Los mercados reales son en cierto sentido este tipo de todos sinérgicos, ya que se originan como resultado de las consecuencias no intencionadas de muchas tomas de decisiones independientes. En este sentido los mercados son en muchos aspectos bastante similares a los ecosistemas, es decir, todos que se han organizado de forma espontánea a partir de componentes muy heterogéneos. La red Internet es también una entidad auto-organizada de este tipo, a pesar de deber sus orígenes a la planificación militar. En otras palabras, los mercados, los ecosistemas y las redes descentralizadas comparten toda la característica de que sus propiedades sinérgicas emergen espontáneamente a partir de las interacciones de varios elementos: plantas y animales en el caso de los ecosistemas, compradores y vendedores en el caso de los mercados, y servidores informáticos y clientes en el caso de Internet.

Para entender los procesos que conducen a este tipo de todos sinérgicos emergentes, es necesario crear nuevas formas de modelar la realidad. Para ser más precisos, en lugar de comenzar por lo más alto, al nivel del todo, y pasar a los niveles inferiores diseccionando y dividiendo este todo en sus partes componentes, es necesario crear modelos que comiencen desde abajo y procedan hacia arriba. Por ejemplo, en lugar de crear un modelo informático de un mercado, un ecosistema o una red informática, utilizando un pequeño conjunto de funciones matemáticas (que describen el comportamiento de un todo ideal), necesitamos crear entornos virtuales en los que liberar una población virtual de animales y plantas, o compradores y vendedores, o clientes y servidores; para luego dejar que estas criaturas interactúen y que el todo auto-organizado surja espontáneamente. De este modo, la estrategia de crear modelos abajo-arriba compensa la debilidad de la estrategia arriba-abajo. Las propiedades que emergen en el sistema son propiedades fruto de la interacción compleja entre elementos heterogéneos, mientras que el análisis arriba-abajo disecciona y separa los elementos, es decir, elimina sus interacciones originales para posteriormente añadirlas de nuevo. El problema es que a través de esta operación pasa desapercibida cualquier propiedad que sea algo más que la suma de sus partes. Por esto

es necesario complementar el análisis con la síntesis, como se hace hoy en día, por ejemplo, en el campo de la Vida Artificial y en las ramas de Inteligencia Artificial conocidas como “coneccionismo” y “animats”.

Este cambio en las estrategias de modelado tendría un impacto significativo en la forma a tomar de un nuevo paradigma económico. En lugar de postular un todo, por ejemplo un sistema capitalista, y luego intentar reflejar sus dinámicas básicas en fórmulas matemáticas, el procedimiento sería a la inversa: liberar en un entorno virtual una población de instituciones, incluidos los mercados virtuales, las corporaciones y los organismos burocráticos. Únicamente si podemos generar algo parecido a un sistema capitalista a partir de las interacciones de estas instituciones virtuales, está justificado el postular una entidad así. Mi impresión es que no existe un sistema general homogéneo como tal, y que la sociedad consiste en una colección mucho más heterogénea de procesos. Fernand Braudel, por ejemplo, el que fue seguramente el historiador económico más importante de este siglo, llamó la atención sobre las importantes diferencias entre los mercados, donde la norma es la toma de decisiones descentralizada, y las grandes corporaciones, en las que domina la centralización y donde los precios, en su función de mecanismo principal de la coordinación de la actividad humana, son reemplazados por las órdenes. Claro que muchos economistas ya se habían percatado de esta diferencia esencial, pero la habían atribuido erróneamente a un estadio tardío del capitalismo. Lo que Braudel ha demostrado, por otra parte, es que esta diferencia data de los siglos trece y catorce. Es decir, en la historia económica, desde hace mucho tiempo, han coexistido instituciones heterogéneas, algunas gobernadas por la oferta y la demanda, y por eso adecuadamente llamadas mercados, y otras en las que interviene la manipulación de las fuerzas del mercado, a las que Braudel denomina antimercados².

El reconocimiento de esta heterogeneidad puede ser crucial no sólo en relación a la economía de la red, sino, más generalmente, en el análisis de los aspectos opresivos del sistema económico vigente, es decir, aquellos aspectos que quisiéramos cambiar para tener instituciones económicas más justas y menos explotadoras. Es necesario pensar las instituciones económicas como parte de una ecología institucional más amplia, una ecología que debe incluir, por ejemplo, a las instituciones militares. Sólo de esta manera podremos localizar los orígenes específicos de ciertas formas de poder económico, unos orígenes que de otro modo permanecerían invisibles, si simplemente

2. Fernand Braudel *The perspective of the world* (New York, Harper and Row, 1986), págs. 630-631

consideráramos que cada aspecto de nuestra presente situación proviene de los efectos de la libre empresa o del capitalismo explotador. En particular, muchos de los aspectos más opresivos de la disciplina industrial y de la utilización de las máquinas para el control de los trabajadores en las cadenas de montaje, no fueron creados por capitalistas sino por ingenieros militares de los arsenales del siglo dieciocho francés y del diecinueve estadounidense. No se trata de una exageración, éstas y otras instituciones militares crearon muchas de las técnicas utilizadas para retirar a los trabajadores el control del proceso productivo. Estas técnicas de control fueron luego exportadas a empresas civiles, normalmente organizaciones antimercado³. Es por esto que no incluir en los modelos económicos este tipo de procesos, que tienen lugar en una ecología institucional más amplia, puede ocultar el origen de precisamente esas estructuras que es necesario cambiar para crear una sociedad mejor, y así también disminuyen las posibilidades de dismantelar estas estructuras opresivas en algún momento.

Es posible que los entornos virtuales, junto con los modelos abajo-arriba que nos permiten construir, sean las herramientas adecuadas para estudiar las ecologías institucionales sin reducir su heterogeneidad. El obstáculo más claro a la utilización rutinaria de estos modelos sintéticos por parte de filósofos e intelectuales es quizás el alto coste de los enormes ordenadores paralelos necesarios para implementar estos modelos. Sin embargo, es posible que existan alternativas menos costosas. En particular, aunque Internet está compuesto principalmente por ordenadores en serie, puede ser considerado en su totalidad como un ordenador paralelo gigante que abarca todo el planeta. Con el software adecuado para administrar algunos de sus servidores, la memoria inutilizada y el tiempo de procesado de los millones de ordenadores cliente de cada servidor pueden brindarse disponibles para los constructores de modelos por una fracción del coste de un superordenador paralelo. En otras palabras, con la organización adecuada para que cada usuario individual pueda alquilar tiempo en su terminal a otros, y con el software específico para permitir la utilización simultánea de todas estas máquinas alquiladas, se puede utilizar Internet para simular un ordenador paralelo gigante, que permita a los investigadores crear entornos virtuales complejos, para que así podamos alcanzar un entendimiento más profundo de las complejas dinámicas institucionales que subyacen a los sistemas económicos.

3. Merrit Roe Smith *Army Ordnance and the "American System of Manufacturing", 1815-1861*, y Charles F. O'Connell, Jr.

The Corps of Engineers and the Rise of Modern Management, 1827-1856, ambos en Merrit Roe Smith, ed. *Military Enterprise.*

Perspectives on the American Experience (Cambridge, Mass: MIT Press, 1987)

Por supuesto que es posible que haya muchas otras maneras de utilizar las redes informáticas para aumentar nuestro entendimiento de la ciencia económica. Sin embargo, en este punto me gustaría seguir adelante y considerar algunos de los efectos posibles de las redes informáticas en el funcionamiento de las economías reales. Y, para no alejarnos demasiado del tema principal, vamos a detenernos en ejemplos de las industrias responsables de la creación de la infraestructura de Internet. Existen ángulos muy interesantes a tener en cuenta en la cuestión sobre la fabricación de hardware y software informáticos, sin mencionar la estrecha asociación con instituciones militares, que han estado envueltas en el desarrollo de los ordenadores desde su concepción. Ya he escrito en el pasado sobre este hecho de la participación militar, lo que me gustaría discutir hoy es otro tema, relacionado con nuestro modelo abajo-arriba de las ecologías institucionales heterogéneas. En particular, me gustaría observar dos de estas ecologías con mezclas diferentes de componentes relativos al mercado y al antimercado: *Silicon Valley*, y *Route 128* en Boston. En ambos casos se trata de comarcas industriales dedicadas a la producción de hardware y software, impulsadas por intensos flujos de conocimiento e información, que son en parte debidos a su asociación con grandes universidades técnicas, *Stanford University* y *MIT* respectivamente. Sin embargo, las dos ecologías son muy distintas, y esto ha resultado en un funcionamiento y un rendimiento diferente.

*“Silicon Valley posee un sistema industrial descentralizado, organizado en torno a redes regionales. De igual manera que empresas en Japón, y en partes de Alemania e Italia, las de Silicon Valley tienden a servirse del conocimiento y de las relaciones locales para crear nuevos mercados, productos y aplicaciones. Estas empresas especializadas compiten intensamente entre sí a la vez que aprenden unas de otras sobre cambios en los mercados y en las tecnologías. La alta densidad de las redes sociales de la región y un mercado de trabajo abierto fomentan la experimentación y el espíritu emprendedor. Los límites dentro de las empresas son porosos, al igual que lo son entre las empresas mismas, y entre las empresas y las instituciones locales, como las asociaciones mercantiles y las universidades”*⁴

El crecimiento de esta región no ha sido debido a grandes flujos de capital desde las instituciones gubernamentales y militares. *Silicon Valley* no se desarrolló gracias a las economías de escala típicas de los antimercados, sino que lo hizo gracias a los beneficios derivados de una acumulación de

4. Anna Lee Saxenian. “Lessons from Silicon Valley”. En *Technology Review*, Vol. 97, No. 5, página 44

ingenieros visionarios, consultores especializados y emprendedores financieros. Los ingenieros cambiaban a menudo de empresa, estableciéndose una lealtad al oficio y a las redes regionales, en lugar de a las corporaciones. Esta migración constante, unida a la práctica poco usual de compartir información por parte de los productores locales, hizo posible que nuevos conocimientos, oficiales y extraoficiales, se difundieran rápidamente por toda la región. Las asociaciones empresariales facilitaron la colaboración entre pequeñas y medianas empresas. Se prefirió el riesgo y la innovación por encima de la estabilidad y la rutinización. Por supuesto que esto no significa que no hubiera grandes empresas rutinizadas en *Silicon Valley*, únicamente que éstas no eran la mayoría. Por otro lado, *Route 128* alberga una mezcla de mercados y antimercados completamente distinta:

*“Mientras que en los setenta los productores de Silicon Valley estaban inmersos en complejas redes sociales y técnicas, y eran inseparables de éstas, la región de Route 128 empezó a verse dominada por un pequeño número de corporaciones altamente autosuficientes. Acorde con una tradición manufacturera en Nueva Inglaterra de más de doscientos años, las empresas de Route 128 buscaron mantener la independencia, y para esto incorporaron en su estructura interna un amplio abanico de actividades. Como resultado, las relaciones entre las empresas y sus clientes, sus proveedores y sus competidores están gobernadas por el secretismo y la lealtad corporativa, algo que refuerza una cultura regional de estabilidad y autodependencia. Las jerarquías corporativas garantizaban que la autoridad permaneciese centralizada y que el flujo de información fuese vertical. Los límites entre y dentro de las empresas, y entre éstas y las instituciones locales están, por lo tanto, muy demarcados”.*⁵

Las diferentes dinámicas de estas dos ecologías institucionales ilustran perfectamente uno de los beneficios potenciales que las redes informáticas podrían aportar a una nueva economía. A pesar de que en las dinámicas de *Silicon Valley* intervienen diferentes tipos de redes (sociales, institucionales, educacionales) que se han creado más o menos espontáneamente, redes como Internet, al posibilitar las interconexiones de muchas pequeñas empresas, y así permitirles que compitan con grandes corporaciones nacionales e internacionales que disfrutaban de una economía de escala, pueden ayudar a activar otras regiones industriales en el mundo (incluido el tercer mundo). Por supuesto que no se esperaría de las regiones industriales en cuestión que produjesen equipamiento informático: cualquier pro-

5. *ibid.* pág. 47

ducto que hoy en día se fabrica en grandes cadenas de montaje militarizadas puede crearse de modo competitivo en un entorno menos opresivo, gracias a la acumulación en red de pequeñas empresas. Esto ha ocurrido, por ejemplo, en algunas regiones de Italia con la producción textil. En otras palabras, gracias a las redes, los mercados pueden beneficiarse de economías de aglomeración y así contrarrestar los beneficios que las economías de escala garantizan a las organizaciones antimercado.

Para terminar me gustaría añadir algo más acerca del potencial económico de Internet, esto es, su capacidad para crear un espacio en el que llevar a cabo transacciones industriales y comerciales completamente nuevas. Como ya dije al principio, hoy en día Internet evoluciona rápidamente y ya se está convirtiendo en un espacio económico como el descrito. El desarrollo de tecnologías de encriptación y de dinero electrónico para que estas transacciones puedan tener lugar de manera segura y confidencial, acelerará esta tendencia. Si partimos de la idea de que un sistema económico tradicional puede definirse como el medio de asignar o distribuir recursos que son escasos, entonces podemos afirmar que la escasez es uno de los factores que determinan la naturaleza de la economía de Internet. Sin embargo, la escasez en cuestión no es de potencia o de memoria informática, ambas de las cuales son cada vez más baratas y abundantes. Se trata de una escasez de ancho de banda, es decir, de la capacidad para transportar información por los conductos o canales que enlazan y unen a los ordenadores unos con otros.

El cambio de un mundo escaso de ancho de banda a otro con abundancia de éste, tendría consecuencias muy significativas para Internet. De todos los autores que han analizado el posible impacto de un cambio como éste, ninguno ha recibido tanta atención como George Gilder. Los análisis técnicos de Gilder son, en efecto, bastante interesantes, pero el mérito de éstos ha de ser tenido en cuenta bajo la perspectiva de mis comentarios iniciales. Debido al fuerte compromiso ideológico con las ideas económicas del siglo diecinueve, Gilder identifica erróneamente las dinámicas de los mercados con las de los antimercados. En particular, Gilder es un caso extremo de un “creyente en la mano invisible”, esto es, alguien que está convencido de que la economía está gobernada y es conducida a un rendimiento óptimo por una mano invisible, la cual, misteriosamente, optimiza el ajuste entre la oferta y la demanda. Aún así, la tendencia derechista de la ideología de Gilder es tan transparente que se puede separar fácilmente de sus análisis concretos de las tecnologías que un día podrían terminar con la escasez de ancho de banda.

Para empezar, los canales utilizados actualmente por Internet son propiedad de empresas telefónicas, y la tecnología que mantiene estos canales fue diseñada para hacer frente a la escasez de ancho de banda. Cuando el ancho de banda es costoso, una gran parte de la inversión en infraestructura se destina a los interruptores que controlan el movimiento de información analógica o digital a través de los conductos. Tal y como afirma Gilder, hoy en día las compañías telefónicas han cambiado gran parte del antiguo cableado de cobre por fibra óptica, algo que aumenta enormemente la cantidad de datos que pueden ser transmitidos por estos conductos. Sin embargo, para aprovechar este gran aumento de ancho de banda, posible gracias a la fibra óptica, es necesario deshacerse de los viejos interruptores de hardware (y sustituirlos por dispositivos de control simulados por software). Pero esto es algo a lo que se resisten las empresas telefónicas, ya que su negocio consiste en vender servicios basados en interruptores. Un argumento similar se puede aplicar a otros potenciales canales de datos, como la transmisión sin cables a través del espectro electromagnético. Del mismo modo que la tecnología basada en interruptores evolucionó en un entorno de escasez de ancho de banda, así también la actual tecnología de radiodifusión se desarrolló para aprovechar el limitado espacio que ocupan las ondas de radio en el espectro electromagnético. Actualmente tenemos la tecnología necesaria para hacer uso de porciones del espectro de frecuencias más altas, algo que incrementaría enormemente el ancho de banda; pero las empresas de telefonía móvil, que deberían estar apresurándose a aprovechar esto, todavía están ancladas en su paradigma de escasez. Un sistema de fibra óptica liberado de interruptores, lo que Gilder ha denominado una 'fibraesfera', unido a la utilización de las altas frecuencias de la atmósfera, puede resultar en un mundo en el que el ancho de banda sea tan abundante que sea virtualmente gratis.⁶

Podemos estar de acuerdo con el análisis de Gilder, ya que toda la información relevante que ha recabado acerca del potencial de las nuevas tecnologías proviene de ingenieros o de la lectura de manuales de ingeniería. El problema comienza cuando Gilder analiza las consecuencias económicas de estos desarrollos, y cuando va más allá y ofrece recomendaciones para políticas a implementar. El bagaje ideológico de estos análisis sobrepasa sus detalladas descripciones tecnológicas. Existen dos tipos de prejuicios que un creyente en la mano invisible siempre incorpora a su análisis. El primero y más evidente es el pensar que cualquier intervención por

6. George Gilder *The Fibersphere*, y *The New Rule of Wireless*, ambos en *Forbes ASAP* (#1 y #2)

parte del gobierno es, por definición, nociva, ya que interfiere con la mano invisible. Por lo tanto, las regulaciones gubernamentales deben ser atacadas, incluso cuando actúan para romper monopolios y así contribuyen al desarrollo tecnológico, tal y como fue el caso de la escisión de AT&T en 1984. El segundo prejuicio es más peligroso porque no es tan evidente: el dividir la sociedad en dos sectores, privado y público, y posteriormente aplicar el término ‘mercado’ a organizaciones privadas, independientemente de su tamaño, estructura o poder económico.

Esta maniobra ideológica es llevada a cabo mediante varias operaciones. Primero se utiliza la palabra ‘competencia’ como si tuviese el mismo significado cuando aparece en referencia a la competencia anónima entre cientos de pequeños compradores y vendedores en un mercado real (ésta es la única situación a la cual Adam Smith aplicó su teoría de la mano invisible), como cuando se utiliza en referencia a la competencia entre oligopolios, como General Motors, Ford y Chrysler. El problema radica en que estos dos tipos de competencia son completamente distintos. En la competencia entre oligopolios se da una rivalidad en la que es necesario tener en cuenta la reacción del oponente antes de planificar una estrategia. Tal y como ha demostrado el economista John Kenneth Galbraith, los oligopolios son estructuras tan jerarquizadas como cualquier burocracia gubernamental, con un volumen similar de planificación centralizada, y con la misma escasa dependencia de las dinámicas de mercado.⁷ A diferencia de los pequeños compradores y vendedores en un mercado real, que son fijadores de precios (es decir, que compran y venden a precios que fijan ellos mismos), los oligopolios son creadores de precios, es decir, crean los precios añadiendo un margen al coste de producción. En pocas palabras, cuando se confunden estos dos tipos de competencia, no se es capaz de distinguir entre mercados y antimercados.

Las consecuencias de estos dos prejuicios son evidentes. Los oligopolios desaparecen de la escena, y así también su poder para absorber a los pequeños competidores mediante integraciones verticales y horizontales. En el paisaje sólo quedan entonces los mercados y el gobierno, con los monopolios como única fuerza del antimercado, pero una fuerza que se puede ignorar fácilmente. Y así Gilder está de acuerdo en que existen entidades tales como los monopolios, como los de los *barones ladrones*⁸ del siglo

7. John Kenneth Galbraith *The New Industrial State* (Boston, Houghton Mifflin, 1978), en castellano *El nuevo estado industrial* (Ariel, 1980)

diecinueve; pero considera transitorias las enormes ganancias generadas por estos monopolios, y por lo tanto, desestima la amenaza que representan como algo imaginario. A pesar de que actualmente Microsoft está jugando un papel similar al de los *barones ladrones*, según Gilder se debería ignorar su posible peligro (y así descartar cualquier acción gubernamental en su contra). ¿Qué más da si Bill Gates ha adquirido el monopolio virtual de los sistemas operativos, una posición de poder que le permite controlar la evolución de gran parte del software que gestiona estos sistemas operativos? No hay problema, dice Gilder, en un mundo con abundante ancho de banda, el paradigma de los sistemas operativos cambiará por uno de software distribuido por Internet, y esto por sí solo terminará con el dominio de Microsoft. Esto, claro está, asumiendo que Microsoft no sea capaz, gracias a su enorme influencia, de simplemente comprar e integrar a cualquier empresa que haga falta con el fin de asegurar su poderosa presencia en una economía en red.⁹

En breve, la esencia de la maniobra ideológica de Gilder consiste en agrupar en la misma categoría a los pequeños productores y a los oligopolios, y en llamar a esto el ‘mercado’, mientras que su atención se centra exclusivamente en las regulaciones gubernamentales como el único enemigo real, quitando así importancia al peligro que los monopolios representan como algo quimérico. Cuando se aplica esta maniobra a su teoría de Internet, ésta funciona de la siguiente manera. Un mundo con escasez de ancho de banda, como la actual televisión por cable, favorece la creación de grandes empresas que adquieren el control de los canales y también del contenido que es transmitido por esos canales; y de este modo se generan rentas monopolísticas. Por ejemplo, la empresa *TCI*, un gigante de la televisión por cable, posee también empresas productoras de contenido como el *Discovery Channel*, el *Home Shopping Channel*, *TNT*, etc. Gilder afirma que si se acaba con la escasez de ancho de banda, también desaparece la razón fundamental para controlar ambos, los canales y los datos, y esto beneficiará a las pequeñas empresas productoras de contenido. Parece que en este punto Gilder se posiciona del lado de los mercados reales descentralizados. Pero, ¿cuáles son sus recomendaciones para la implementación de políticas que conduzcan a este mundo descentralizado creado gracias a ancho de banda barato? Pues

8. Expresión muy utilizada en EE.UU durante el siglo XIX que servía para denominar de forma peyorativa a aquellos hombres de negocios que habían llegado posiciones de dominio en sus respectivos campos y amasado grandes fortunas a través de prácticas no del todo claras o anticompetitivas. N.de los Eds.

9. George Gilder *Washington's Bogeymen*, en Forbes ASAP #3

bien, la manera más rápida de conseguirlo consiste en permitir que se combine la infraestructura de fibra óptica de las empresas telefónicas con las conexiones finales a los hogares, que pertenecen a las empresas de cable, incluso si esto crea enormes ganancias monopolísticas. (Es preciso recordar que, después de todo, según Gilder, esta sería una situación transitoria.) De este modo se llega a la conclusión de que el gobierno, que por supuesto se opondría a esta fusión entre los gigantes de la telefonía y del cable, es el enemigo del pueblo, ya que su legislación antimonopolios nos está impidiendo disfrutar de los beneficios de un mundo con ancho de banda barato.

Podría continuar añadiendo detalles a esta crítica, algo que Gilder mismo facilita al ofrecer una diana tan clara. Pero sería un error pensar que en este debate los únicos con prejuicios ideológicos son los de derechas, los creyentes en la mano invisible. Los mercantilistas de izquierdas, es decir, los intelectuales para los que la entrada misma de un objeto en un mercado involucra una ‘mercantilización’ (algo que por supuesto se considera perjudicial) resultan igualmente simplistas en sus análisis. Creo firmemente que no se puede confiar en los análisis económicos de ninguno de los dos extremos del espectro político, y que se debería crear una nueva teoría económica, que respete las lecciones de la historia económica y que incorpore los conocimientos de las dinámicas no lineales y de la teoría de la complejidad. Ya están sobre la mesa los elementos necesarios para esta nueva teoría, no sólo procedentes de los economistas institucionalistas y de los historiadores materialistas, sino también de los filósofos de la economía que, hoy más que nunca, están tomando parte en disipar los mitos que durante tantos siglos han oscurecido nuestro pensamiento.